



CONTRA LA INDIFERENCIA DEL MUNDO

ANDRÉS ESTEBAN ACOSTA

Estudiante de la Maestría en Filosofía y colaborador de la emisora cultural de la Universidad de Antioquia.

*La tristeza es el corazón que piensa.
Enrique Santos Discépolo*



El tango posee su propia poética. Se define como enunciación esencialmente urbana de la sentimentalidad del porteño que, por extensión, resulta ser una descripción de la sentimentalidad humana. De allí el carácter universal de sus letras. Sí, hay diferentes paisajes, lugares desde los cuales se ama o se sufre; no obstante, esos sentimientos no dejan de estar ligados a una situación común a todos los seres humanos. Es ese valor comunicativo el que interesa destacar: una experiencia compartida que se enuncia de forma particular. Para ello hay que interpretar el género desde el pensamiento, abandonando la vía de la lamentación.


Enrique Santos Discépolo (compositor, actor, director, autor teatral, poeta) es la figura más representativa del matiz filosófico de la poética del tango. Él mismo reconoció este matiz trazando su origen en un vínculo cercano con la expresión popular definida por la bohemia, el café y la vida citadina. En sus creaciones se nombra el drama de vivir, drama que tiene por consecuencia el desencanto, el pesimismo y la ironía. Pero, más allá de estos matices, Discépolo plantea una crítica contundente del estilo de vida del siglo xx, en especial, del aspecto que hace imposible el lazo de empatía o solidaridad entre las personas: la indiferencia. Sus creaciones comunican una existencia encarnada.

Al mundo nada le importa

La filosofía critica el estado actual de cosas. Su tarea, entre otras, es someter a juicio los conceptos y las costumbres con el fin de propiciar escenarios de transformación. Tal expresión se encuentra en Discépolo: crítica de la falsedad del mundo, de las promesas de una vida cándida, del desprestigio de la moral, etc. Además, un tipo de realidad que define la época, la que comprende las dos guerras mundiales, donde la humanidad logra puntos de barbarie impensados luego de la promesa de civilidad del mundo moderno.

Un antídoto ante el avance de la máquina del desengaño es la indiferencia, la mejor forma de evadir la responsabilidad con la existencia propia y la de los demás. Quien desea no enfrentar el mundo con todas sus implicaciones, derivadas de la desprotección y consiguiente cierre de las vías de esperanza, prefiere cerrar los ojos, taparse los oídos, desviar la atención, optar por una ficción del mundo: prefiere no saber. Por imposición o por opción, o ambas, se impone otra visión de las cosas, en definitiva, el desprecio por la realidad que legitima el orden de cosas.

En el ejercicio de composición de letras, Discépolo enfatizó en el elemento de degradación del vínculo entre individuos. En 1930, luego de haber alcanzado un lugar de relevancia en el espacio de la creación poética tanguera, aparece *Yira yira*, pieza que define el tipo de relación que producía la época, entendida por las consecuencias de la crisis económica que minaron lo que alguna vez había sido la construcción del sueño del inmigrante en el sur del continente americano. Ante la impotencia por las ilusiones desparramadas, el individuo de la ciudad se ve enfrentado al crecimiento



de una situación de decadencia afectiva. De nuevo, como tantas veces en la historia, la realidad irrumpió con un relato desalentador: “Verás que todo es mentira, / verás que nada es amor, / que al mundo nada le importa... / ¡Yira-ra!... ¡Yira-ra!... / Aunque te quiebre la vida, / aunque te muerda un dolor, / no esperes nunca una ayuda, / ni una mano, ni un favor”¹.

Yira yira expresa la condición humana de la época. Se descubre el engaño del mundo, una carencia de la promesa de amor, y se cae en un ideal de vida que afirma la certeza, pequeña, de que no somos más que lo que cada uno puede con su mundo, sin esperar algo del público: “la indiferencia del mundo / —que es sordo y es mudo—”. ¿Por qué la indiferencia? Es una definición de la realidad. Esta condición no nos protege de la mentira, de los discursos que idealizan el mundo y lo presentan libre de toda soledad y sufrimiento. Se menciona para someterla a juicio, no para complacerse en ella.

Ya en *Qué vachaché* (1926), su segunda creación, Discépolo deja claro que el problema de época es precisamente la desvaloración de la moral: “¿Pero no ves, gilito embanderado, / que la razón la tiene el de más guita? / ¿Que la honradez la venden al contado / y a la moral la dan por moneditas? / ¿Que no hay ninguna verdad que se resista / frente a dos pesos moneda nacional?”² Esa moral que dan por moneditas es el efecto de la posición central del dinero: el mundo del capital configura una moral fundamentada en la idea de ganancia. Y no solo afecta el mundo de las costumbres, del comportamiento y de los juicios sobre lo correcto y lo incorrecto, también toma la forma de factor que pone la verdad, que impone su versión de las cosas.

Ahora, ¿cómo contrarrestar esta versión de la moral? ¿Cómo construir el compromiso auténtico por las demás exigencias? Este es el drama de Discépolo, la incapacidad de encontrar una alternativa. Por eso, en muchos de sus tangos optó por reflexiones desencantadas de la situación colectiva, la extensión del drama rioplatense a drama universal, porque, a fin de cuentas, el relato de descomposición de la moral, el cambio en el orden de comprensión entre lo justo y lo injusto, servía para definir a toda personalidad moldeada por el mundo del capital.

En medio de la desilusión por una sociedad sin reacción ante el avance de la mentira y la amargura, Discépolo condensó su pensamiento social en *Cambalache* (1934). Cercano a *Yira yira*, su tono es más directo en la definición de su tiempo, incluso, en el presagio de un siglo apabullante. Es la conciencia fatal que considera que ya nada puede cambiar, aunque todo deba cambiar. Con más matices de exposición del espíritu propio, de la vivencia subjetiva, *Desencanto* (1937) define este afecto como cansancio por los sueños que la vida continuamente desaprueba: “¡Qué desencanto tan hondo, / qué desconsuelo brutal! / ¡Qué ganas de echarse en el suelo / y ponerse a llorar, cansao...! / de ver la vida que siempre se burla, / y hace pedazos mi canto y mi fe”³.

Ante la indistinción entre tipos por la mudanza de los horizontes de moral, queda el escenario para que el poder encarnado en quien posee el capital sustente los valores y fundamente las acciones. Ya nada importa, total, el mundo seguirá siendo así.

Una soledad incommunicable

La conciencia filosófica de Discépolo se sustentaba en una soledad auténtica. No consistía en el abandono, ni en la distancia con los demás. Todo lo contrario, se formó en la bohemia, en el café como espacio de encuentro de las palabras y las ideas, de crítica y transformación del mundo. Su arte de matiz realista y filosófico no fue un producto de la academia, se construyó en la mesa del café compartiendo su soledad. Cada uno debe aceptar su drama y comprender que los demás no pueden ni sentirlo ni asimilarlo de la misma forma. Esta adhesión al café quedó registrada en su último tango, *Cafetín de Buenos Aires* (1948): “En tu mezcla milagrosa / de sabihondos y suicidas, / yo aprendí filosofía... dados... timba... / y la poesía cruel / de no pensar más en mí”⁴.

Descubriendo la soledad propia se descubre la de los demás. Precisamente, este fue el camino que llevó a Discépolo a reconocer la indiferencia. En un mundo de infamia, la soledad es un refugio, a veces demasiado peligroso, porque nos conduce a la resignación, a la derrota existencial. Pero la opción por el arte y el pensamiento conduce a una resistencia realista, que no idealiza el mundo y que no niega la falsedad de los vínculos intersubjetivos. Es una resistencia que se vive en un dolor propio imposible de negar.

Lo que alcanzamos a comunicar de nosotros es muy poco en comparación con todo lo que pasa por nuestra sentimentalidad y por nuestra reflexión. Hay personalidades que logran comunicar un poco más, otras que eligen la protección del ensimismamiento. ¡Y cómo no!, si el mundo constantemente está juzgando con su descomposición moral: “La gente, que es brutal cuando se ensaña, / la gente, que es feroz cuando hace un mal”⁵. Estos versos iniciales de *Infamia* (1941) son la evidencia de la soledad que reprocha su destino en medio del juicio social. De esta soledad surge el arte que nombra la complejidad de vivir; es el intento de comunicar lo incommunicable: el dolor propio, como en *Soy un arlequín* (1929): “Soy un arlequín, / un arlequín que canta y baila / para ocultar / su corazón lleno de pena”⁶.

A pesar del éxito de sus composiciones, Discépolo nunca renunció a la soledad como sostén frágil de su arte y de su vida. El arlequín que esconde su aficción y encuentra en la risa el gesto que salva del abismo; la risa de los espectadores que no alcanzan a dimensionar que detrás del creador se puede esconder una tristeza incurable.

Un gesto de resistencia

La condena de la indiferencia fue para Discépolo un estilo de vida. No se plegó en la postura fácil de abrazar con optimismo una respuesta que remediara el mundo. De allí su tristeza reflexiva que, en vez de ocultar los desajustes sociales, le permitía estar cada vez más comprometido con el dolor ajeno. Aquí la gran paradoja del desencanto, que parece conducir a la trampa del desinterés. Pero no es así, este aparece cuando el ideal de amor se enfrenta con una realidad donde no hay compromiso por erradicar la apatía colectiva, ese mutismo que impide repechar la infamia. Así, quien ama,



quien tiene esperanza, quien lucha, tiene que sentir su tristeza sin abandonar su obstinado reproche del estado de cosas.

Se trata del combate íntimo contra la injusticia, que Discépolo asemejó alguna vez en una intervención en la radio argentina con un hambre tan grande como el hambre de pan. Porque, finalmente, la indiferencia es el producto y a la vez la aliada de la injusticia.

La tristeza que piensa sintetiza el carácter filosófico de la poesía de Discépolo. Es el dolor al límite del abismo: quien sufre el mundo es porque espera que sea distinto, menos injusto. En *Uno* (1943), su tango filosófico por excelencia, resiste sin la máscara de la ilusión ingenua y emprende la lucha contra el fracaso, contra la indiferencia de vivir: “Uno, busca lleno de esperanzas / el camino que los sueños / prometieron a sus ansias... / Sabe que la lucha es cruel / y es mucha, pero lucha y se desangra / por la fe que lo empecina...”⁷. En estas líneas hay credibilidad en el esfuerzo de no sucumbir ante el derrumbe de todas las ilusiones. Eso es lo que permite la resistencia, conservar siempre una oportunidad.

Es difícil pensar la filosofía por fuera de sus moldes tradicionales. Mucho más difícil es considerar la posibilidad de que pueda haber reflexión filosófica en las letras de algún tipo de canción popular. Discépolo expresa lo contrario. En sus obras el elemento sentimental propone nociones filosóficas sintetizadas en uno o varios versos. Son intuiciones que ostentan el valor de ser reflexión ardua y juicio esclarecedor sobre la existencia del ser humano. ■

Referencias



¹ Fragmento de *Yira yira* (1930). Letra y música: E. S. Discépolo.

² Fragmento de *Qué vachaché* (1926). Letra y música: E. S. Discépolo.

³ Fragmento de *Desencanto* (1937). Letra: E. S. Discépolo en colaboración con Luis C. Amadori. Música: E. S. Discépolo.

⁴ Fragmento de *Cafetín de Buenos Aires* (1948). Letra: E. S. Discépolo. Música: Mariano Mores.

⁵ Fragmento de *Infamia* (1941). Letra y música: E. S. Discépolo.

⁶ Fragmento de *Soy un arlequín* (1929). Letra y música: E. S. Discépolo.

⁷ Fragmento de *Uno* (1943). Letra y música: E. S. Discépolo.

Yira yira

MÚSICA Y LETRA: ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

*Cuando la suerte qu' es grela,
fayando y fayando
te largue parao;
cuando estés bien en la vía,
sin rumbo, desesperao;
cuando no tengas ni fe,
ni yerba de ayer
secándose al sol;
cuando rajés los tamangos
buscando ese mango
que te haga morfar...
la indiferencia del mundo
—que es sordo y es mudo—
recién sentirás.*

*Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa...*

¡Yira!... ¡Yira!...

*Aunque te quiebre la vida,
aunque te muerda un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.*

*Cuando estén secas las pilas
de todos los timbres
que vos apretás,
buscando un pecho fraterno
para morir abrazao...*

*Cuando te dejen tirao
después de cinchar
lo mismo que a mí.*

*Cuando manyés que a tu lado
se prueban la ropa
que vas a dejar...*

*Te acordarás de este otario
que un día, cansado,
¡se puso a ladrar!*



Carlos Gardel y Enrique Santos
Discépolo dialogando
sobre *Yira yira*